



JULES VERNE

Verne en familia

por Miguel Salabert*



Jules Verne, de joven.

Jules Verne es uno de los grandes escritores franceses, y no sólo el más traducido. Sin embargo, no siempre se le ha reconocido como tal. Muchos lo consideran simplemente como un «profeta de la ciencia y la tecnología», pero la pervivencia de su obra, en un tiempo en que sus anticipaciones han sido rebasadas de largo por la ciencia y la técnica, demuestra la calidad literaria de sus novelas, su entronque con lo arcaico, con los mitos antiguos, que lo convierte en uno de los grandes pilares de lo imaginario.

En el siguiente artículo, Miguel Salabert, traductor y especialista en Verne, nos ofrece las claves de la vida y la obra de este escritor universal, haciendo especial énfasis en las líneas de conexión entre dicha obra y el mundo en el que ésta se desarrolló.



A la derecha, un retrato de Sophie Verne, madre del escritor. Y, a la izquierda, Pierre Verne, el padre, abogado de profesión.

A los noventa años de la muerte de Jules Verne, conmemorados el 24 de marzo de este año, su obra sigue viva, asentada sobre todo en la veintena de obras maestras que escribió entre 1863 y 1885. Sigue siendo el escritor francés más traducido, según la Unesco. En número de traducciones y tiradas sólo ha encontrado rival en la Biblia y, posteriormente, en Lenin y Agatha Christie. Las estadísticas de las ediciones controladas, es decir, sin contar las innumerables ediciones piratas, asignan a Verne más de treinta millones de ejemplares vendidos en medio centenar de idiomas.

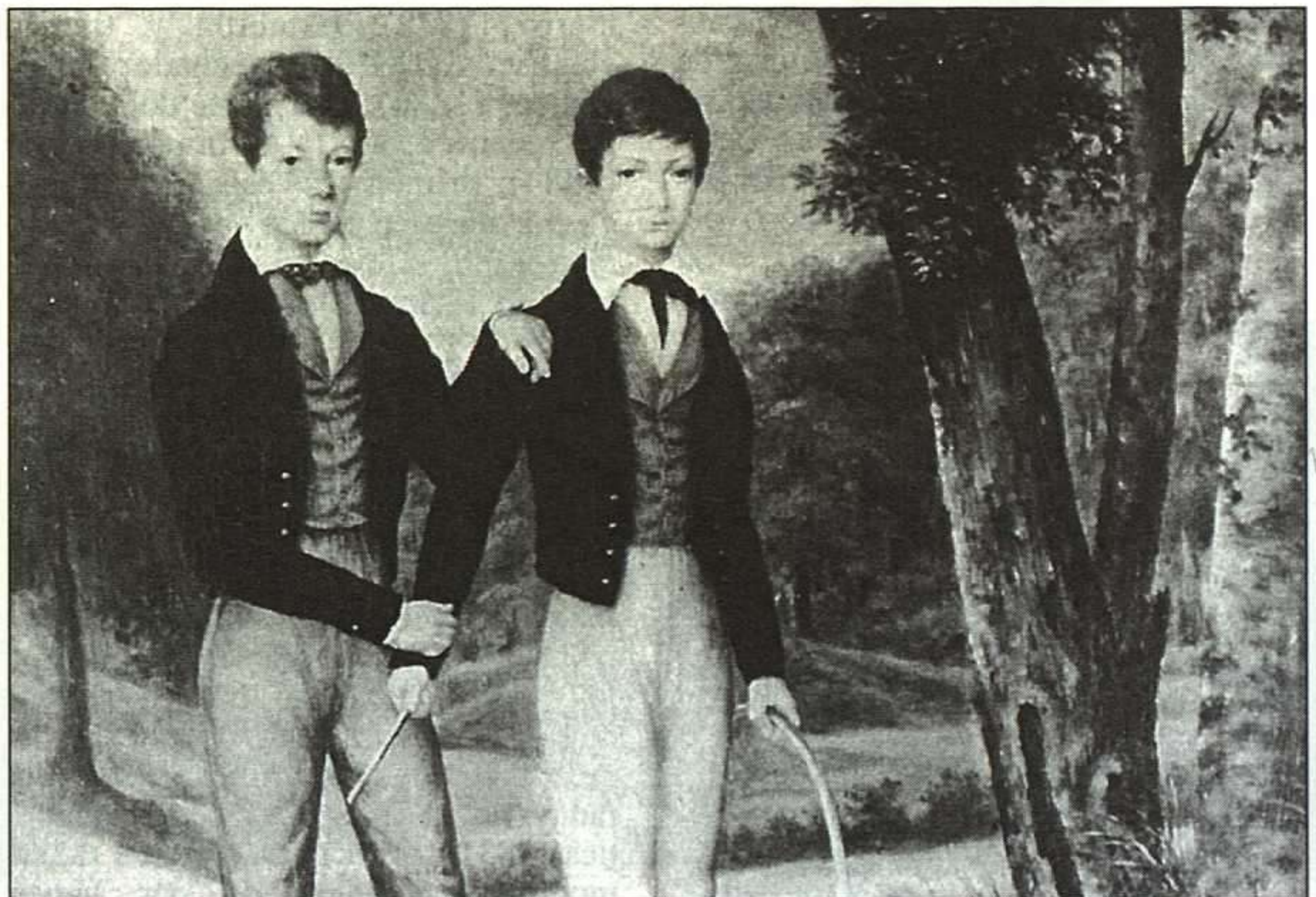
Esta pervivencia de la obra verniana pone el mejor mentís a quienes siguen basándola en la estereotipada imagen del autor como «profeta de la ciencia y de la tecnología». No hay una sola anticipación verniana que no haya sido rebasada por la ciencia y la técnica. De ser Verne sólo un anticipador, hace ya mucho tiempo que su obra estaría en la vía muerta de una perdida estación literaria del siglo XIX, como lo están las de los contemporáneos suyos que cultivaron el género: los Laurie, Lemercier, Nogaret, La Follie, Rengade, Rosny, etc. Muy

al contrario, es el entronque con lo arcaico, con los mitos antiguos y no con el futurismo, lo que ha puesto a las grandes obras de Verne a salvo del tiempo y lo que ha restituido al autor al ámbito de la literatura como uno de los grandes pilares de lo imaginario.

La época

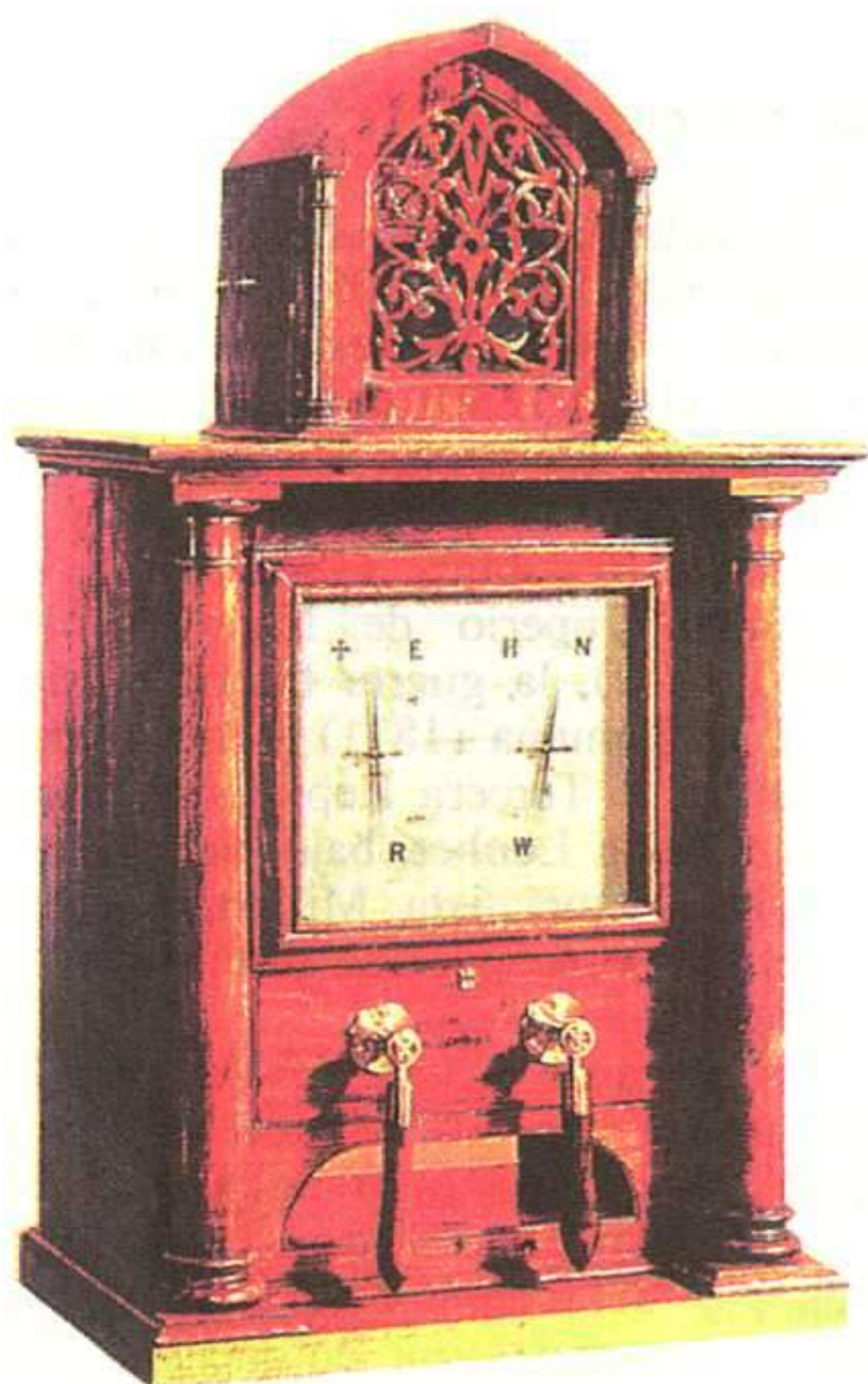
La vida de Verne, acotada por los jalones de 1828 y 1905, atraviesa los últimos años de la Restauración borbónica (1815-1830) con Carlos X, la monarquía burguesa de Luis Felipe (1830-1848), la revolución del 48 y la Segunda República (1848-1851), el Segundo Imperio de Napoleón III (1851-1870), la guerra franco-prusiana y la Comuna (1871) y una buena parte de la Tercera República, desde Thiers hasta Loubet, bajo cuya presidencia, un socialista, Millerand, entra en el Gobierno por vez primera en la historia.

La curva de la vida de Verne es la que media entre los balbuceos del tren y del avión, de la fotografía y del cine, del telégrafo y de la radio, del vapor y del submarino. En el siglo XIX, el progreso, que entonces se escribía con mayúscula, es un bólido lanzado por el desarrollo del capitalismo y por la competencia industrial que exigía incesantemente nuevos métodos, máquinas y materias. De ahí que los inventos se sucedieran vertiginosamente. Baste citar estos datos: en los Estados Unidos se registraron 276 patentes, de 1790 a 1800; 25.000,



Jules y su hermano Paul, en un retrato pintado por su tío, La Celle de Châteaubourg.

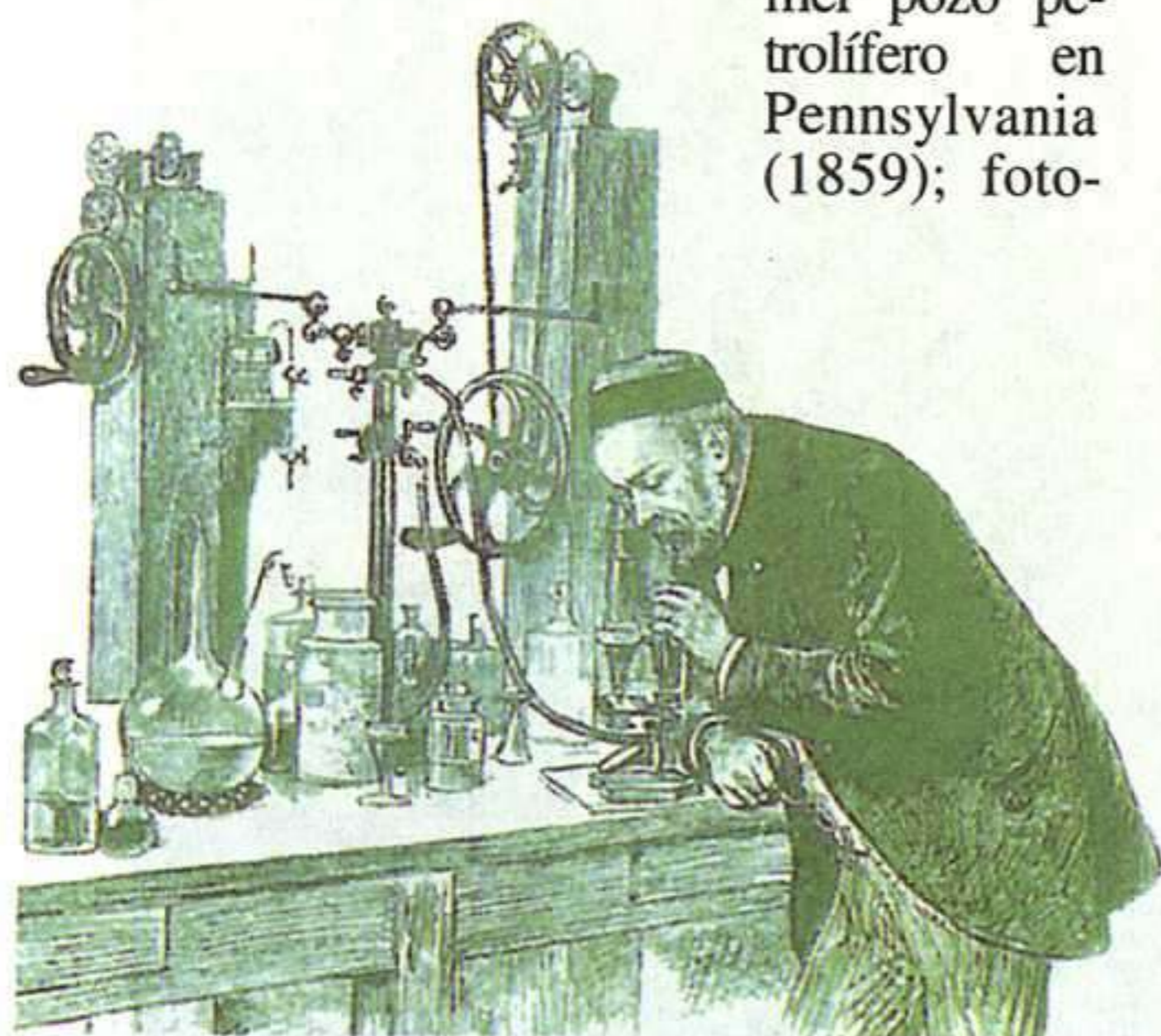
JULES VERNE



A la izquierda, modelo de telégrafo diseñado por Cooke y Wheatstone, en 1844. A la derecha, modelo de teléfono de Bell.

de 1850 a 1860; 235.000, entre 1890 y 1900; y 315.000, entre 1900 y 1910.

Una rápida e incompleta enunciación de los inventos y descubrimientos técnicos realizados durante el período de la vida de Verne dará idea de esta marcha: telégrafo (1837); caucho vulcanizado (1839); máquina de coser (1857); primer cable submarino entre Europa y América (1858); horadación del primer pozo petrolífero en Pennsylvania (1859); foto-



Louis Pasteur, en su laboratorio.

impresión, celuloide y descubrimiento de la asepsia en cirugía (1867); canal de Suez (1869); dinamo (1871); teléfono (1876); fonógrafo (1877); explotación de la energía hidroeléctrica y sistema de desfosforilización del hierro (1878); bombilla y tranvía eléctricos (1879); cosechadoras mecánicas (1880); transporte de la energía eléctrica (1881); turbina de vapor (1884); primera travesía del Atlántico por un petrolero y vacuna antirrábica (1885); electrólisis (1887); alternador y transformador eléctricos y motor de gasolina (1888); primer vuelo del avión de Ader y primer neumático para ruedas (1890); rayos X, radiofonía y cinematógrafo (1895); dirigibles (1896); y ultramicroscopio (1903).

Los avances de la ciencia durante el período de la vida de Verne podrían esquematizarse, de forma muy incompleta, así: síntesis, por primera vez, de un cuerpo orgánico: la urea (1828); descubrimiento por Faraday de la inducción electromagnética (1831); primer principio de la termodinámica, enunciado por Mayer (1841); descubrimiento de Neptuno a

través de cálculos matemáticos por Leverrier (1846); segundo principio de la termodinámica, por Clausius (1850); el evolucionismo biológico, con el *Origen de las especies*, de Darwin (1859); análisis espectral de Kirchhof y Bunsen, que imprime un impulso gigantesco a la astronomía y a la astrofísica (1860); experimentos de Pasteur que destruyen las teorías de la generación espontánea, la *Introducción a la medicina experimental*, de Claude Bernard, y leyes de la herencia, de Mendel (1861, 1865 y 1866, respectivamente); *El Capital*, de Marx (1867); ley periódica de los elementos, de Mendeleiev (1859); *El origen del hombre*, de Darwin (1871); descubrimiento de los bacilos de la tuberculosis, por Koch, y del tifus por Gaffky (1882 y 1884); ondas hertzianas (1888); descubrimiento del radio por los Curie (1897); teoría de los cuanta, de Planck (1899); radiactividad, de Rutherford (1902); y teoría de la relatividad restringida de Einstein (1905).

Lo contenido en estas enumeraciones supone un largo y extraordinario viaje. Con él se opera el tránsito de

la ciencia y de la tecnología artesanas, desarrolladas por investigadores aislados en miserables laboratorios, a su etapa de organización industrial. Y también el tránsito —poderosamente reflejado en la evolución de la obra de Verne— del optimismo científico y de la fe en el poder omnímodo y benéfico de la ciencia, a una visión desencantada y sombría de ésta.

El horizonte ideológico

Ese optimismo y la concepción del progreso como una marcha lineal e invariable, sin discontinuidad, que hoy nos parecen tan ingenuos, encuentran en la primera mitad del siglo su marco doctrinal en la filosofía del industrialismo, de Saint-Simon, y en el positivismo, de Augusto Comte.

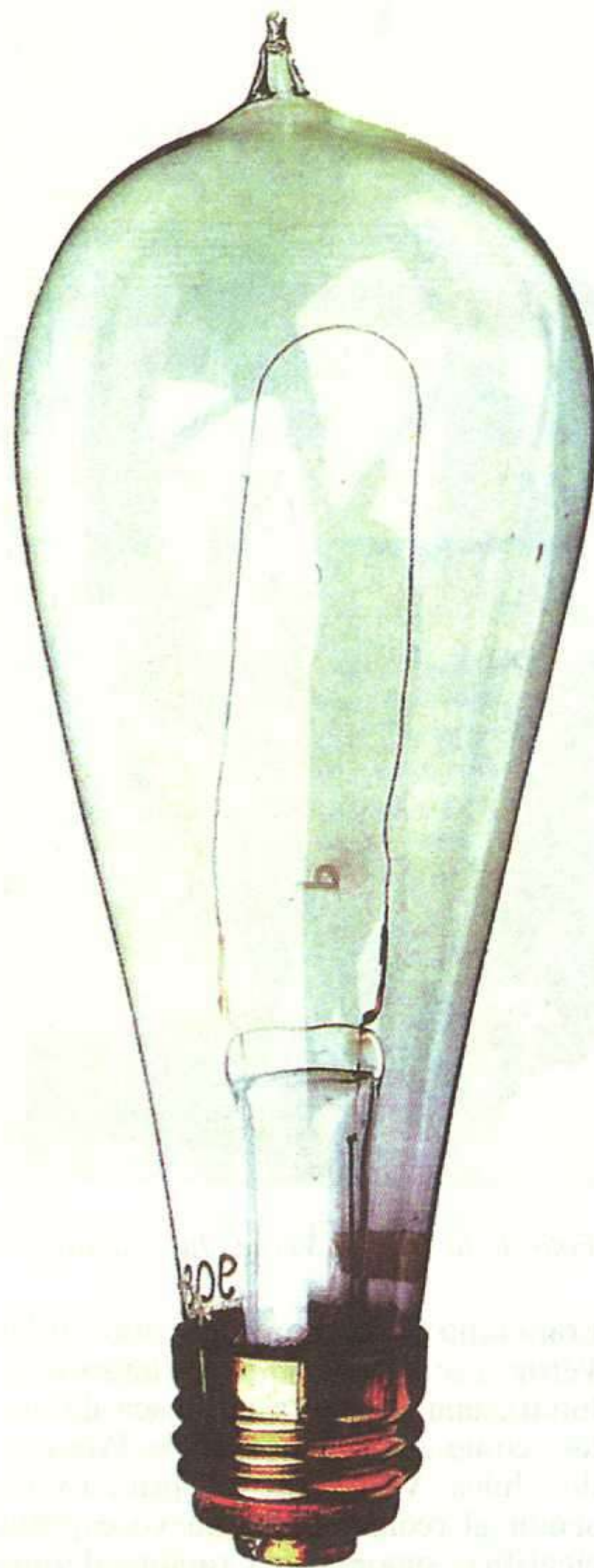
La idea central del proyecto literario de Verne —el dominio de la naturaleza por el hombre y su apropiación— tiene una filiación sansimoniana. Saint-Simon fue un hombre genial, cuyo socialismo utópico tuvo menos fortuna que la vertiente práctica de sus doctrinas sobre el industrialismo y la explotación del globo terrestre. Los sansimonianos sustraen el mito de la Edad de Oro al pasado, y lo proyectan al futuro.

La fecundidad de los métodos experimentales con que se dota la ciencia bajo el influjo del positivismo la rescata de la irracionalidad romántica, la restaura en su dignidad y da a los científicos e ingenieros un protagonismo de primer plano. Los periódicos abren generosamente sus páginas a la

divulgación científica, y los libros de vulgarización de autores como Flammarion y Louis Figuier conocen grandes éxitos editoriales, tanto mayores cuanto que presentan a la ciencia bajo un aura casi mágica.

El espíritu científico se orienta en esa época —en los años en que Verne lee insaciablemente textos de divulgación— al determinismo, e invade los terrenos de la filosofía y de la literatura. Una obra como la *Introducción a la medicina experimental*, de Claude Bernard, no sólo pone de moda a la fisiología, sino que también induce a trasplantarla a otros muchos campos de actividad. Así, Taine expresa su deseo de «dotar a la Historia de una anatomía y de una fisiología» y de buscar «las reglas de la vegetación humana». El naturalismo de Zola y sus discípulos sale directamente de la citada obra de Bernard.

Las condiciones para la aparición de una literatura que tuviera a la ciencia y la técnica por objeto estaban, pues, creadas. Un sansimoniano, el doctor Guepin, que había vivido varios años en Nantes, la ciudad natal de Verne, había reclamado ya explícitamente una literatura de la ciencia.



Bombilla de rosca de Edison.



Tren eléctrico (Inglaterra, 1904).

JULES VERNE



Foto de la familia Verne. Jules aparece al fondo, con el brazo en alto.

Era, como he dicho en mi libro *Julio Verne, ese desconocido* (Alianza Editorial), una literatura en busca de autor, como los personajes de Pirandello. Jules Verne fue el primero en acudir al reclamo. Ese nuevo espíritu científico suponía una ruptura definitiva con el romanticismo, cuyo anticientifismo halló su máxima expresión en la hostilidad a las matemáticas, manifestada por Madame de Staël, Chateaubriand y, sobre todo, por Lamartine, autor de la famosa frase: «Las matemáticas eran las cadenas del pensamiento humano; respiro, ya están rotas». Lo que, bien o mal mirado, es una barbaridad, por mucho que pueda gustar a los sufridos estudiantes alérgicos a esa asignatura.

Pero ninguna ruptura es nunca tan total como para clausurar automáticamente y definitivamente una ideología, sobre todo cuando está sustentada en una literatura tan importante como la del movimiento romántico francés. El romanticismo se prolonga

todavía —y en la obra de Verne y en su concepción de la ciencia está muy presente—, pero toma otras direcciones, determinadas por las nuevas condiciones económicas.

Ninguna ciencia tan romántica en la época, como la geografía. La formidable expansión de los ferrocarriles y de las líneas de investigación, a la que contribuyen poderosamente los avances tecnológicos en la siderurgia y en la propulsión a vapor, ensanchan el horizonte de la sociedad de la época, estimulan la curiosidad por las amplias zonas del Globo aún desconocidas y fomentan los viajes de los exploradores a esas regiones. Sus relaciones de viaje aparecen en revistas de gran difusión como *Le Tour du Monde* («La vuelta al mundo») o en la prensa de información general y suscitan un enorme interés.

La geografía es la verdadera pasión de Verne. No hay una sola de sus obras en la que no encuentre expresión. Es lógico. El proyecto inicial de

los *Viajes extraordinarios* se anuncia como una descripción total del globo terráqueo. Por eso, sus anticipaciones científicas se insertan casi siempre en un dominio —el de la tecnología de la comunicación y del transporte— subordinado a la geografía, puesto que su función es la de hacernos mejor la Tierra. En 1902, en unas declaraciones al periódico norteamericano *The Pittsburgh Gazette*, Verne manifestó que los *inventos* que se le atribuían ya estaban inventados a medias cuando él los abordó, no con la intención de profetizar sino con la de «extender el conocimiento de la geografía entre la juventud, revistiéndola del modo más atractivo posible». Así, hizo Verne de la geografía no una asignatura, sino una fuente de poesía natural y, así, mereció que un escritor como Claude Roy la definiera como el sexto continente de la Tierra.



Paul Verne, hermano de Jules, con su hijo Gaston, que atentaría contra la vida de su tío.



A la izquierda, cartel anunciador de la fiesta de disfraces que organizó Verne, en 1885. A la derecha, Jules Verne, de joven.

La infancia: una isla migratoria

El creador de tantas islas naturales o artificiales, de tantas islas destinadas a la catástrofe, nació el 8 de febrero de 1828, en una isla urbana, la isla Feydeau, hoy desaparecida, anclada al Loira a su paso por Nantes. Era el primogénito de Pierre Verne, abogado, y de Sophie Allotte de la Fuye, descendiente de una de esas familias de armadores bretones que se habían enriquecido con la trata de negros y las plantaciones de caña, y que se habían arruinado con la abolición de la esclavitud y el hundimiento de la *Compagnie des Indes*. En los años inmediatamente posteriores, la familia Verne se completó con Paul y las tres niñas, Anne, Mathilde y Marie.

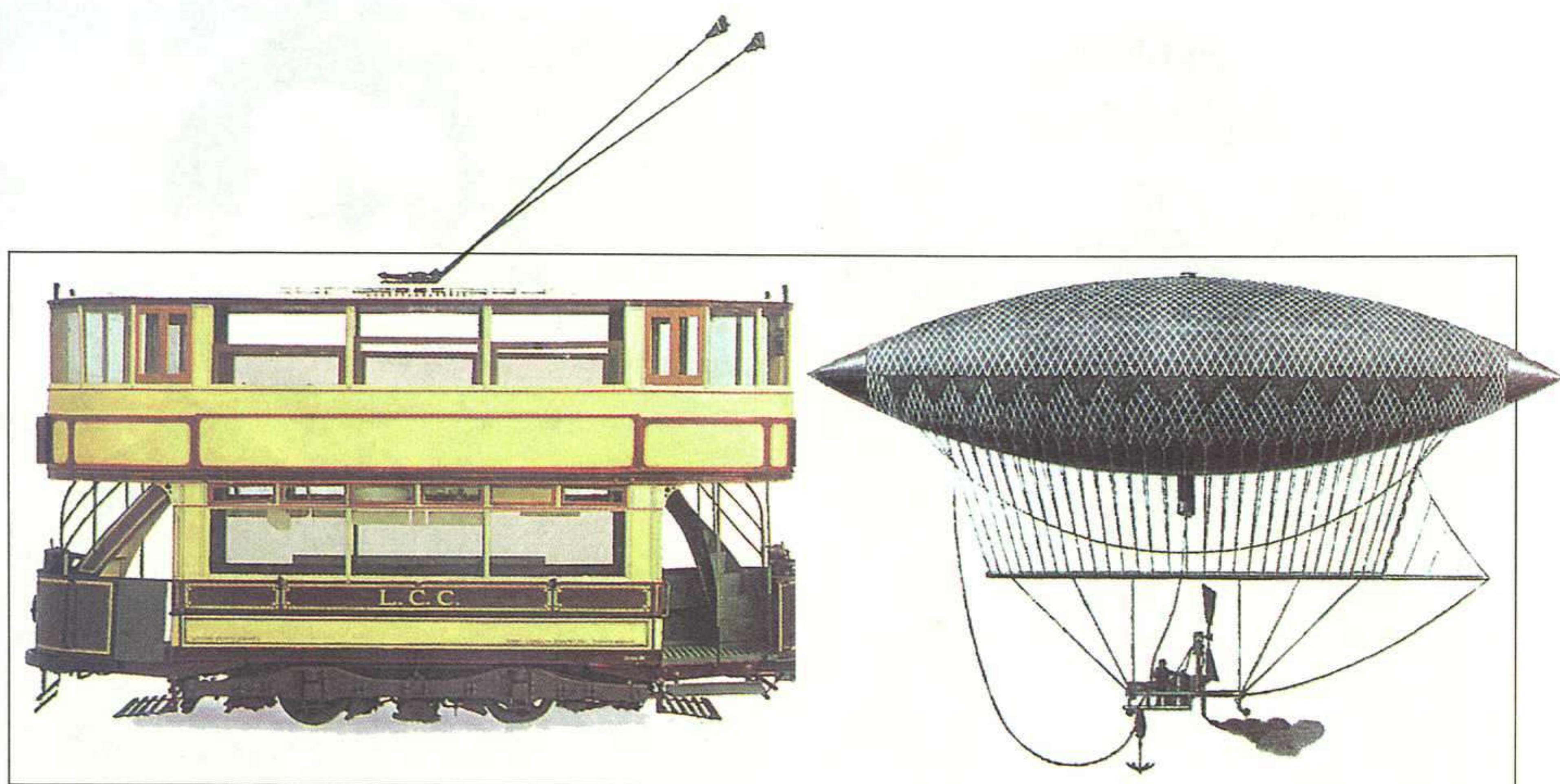
El medio que rodeaba a Jules era un concurso de instigaciones, una invitación al viaje. La isla Feydeau, anclada como un barco, compartía la vocación marinera del Loira, con su paisaje de mástiles y velas en las que se

mecía la ilusión del viaje, como si la isla se dispusiera a zarpar de un momento a otro. Los trópicos irrumpían en los muelles con sus cargamentos de productos exóticos. La imaginación se embarcaba fácilmente a bordo de la aventura, a través de los nombres de navegantes, almirantes y corsarios que denominaban los muelles. A ello se añadía la fascinación de los legajos llenos de nombres sonoros de tierras y mares lejanos que contenían los cofres depositados en el desván de la casa de los Allotte. Todo esto encendió la vocación marinera que acompañaría a Verne hasta el fin de sus días. Una vocación truncada, pues el padre, en aplicación de la ley del mayorazgo, había decidido y anunciado que Jules sería abogado y heredaría su bufete.

Decisión inapelable. Pierre Verne, hijo de juez y hombre de leyes él mismo, riguroso y severo, era la encarnación del burgués tradicional, perpetuador de los principios que le ha-

bían sido impuestos, y se acomodaba perfectamente a la imagen del padre terrible, investido de la autoridad absoluta que le conferían los usos y costumbres de la época.

Contra sentencia tan inapelable como dolorosa, sólo una tentativa de rebelión. A los 11 años de edad, Jules se escapa de casa para embarcarse como grumete a bordo del *Coralie*, que se aprestaba a zarpar rumbo a la India. Pero el padre llegó con el tiempo justo para agarrar al aventurero, llevárselo a casa y, ante toda la familia, infligirle una tremenda flagelación y una imborrable humillación, antes de arrancarle el solemne juramento de que no volvería a viajar sino en sueños. El pretexto aducido por el niño —traer un collar de perlas a su prima Caroline, una pasión amorosa no menos precoz— no parece ser sino el pretexto consciente que encubre el disentimiento radical con el padre. Su hermano Paul había anunciado ya su deseo de ser marino, sin topar con la



Tranvía eléctrico de 1900 (a la izquierda). A la derecha, dirigible francés, construido en 1883.

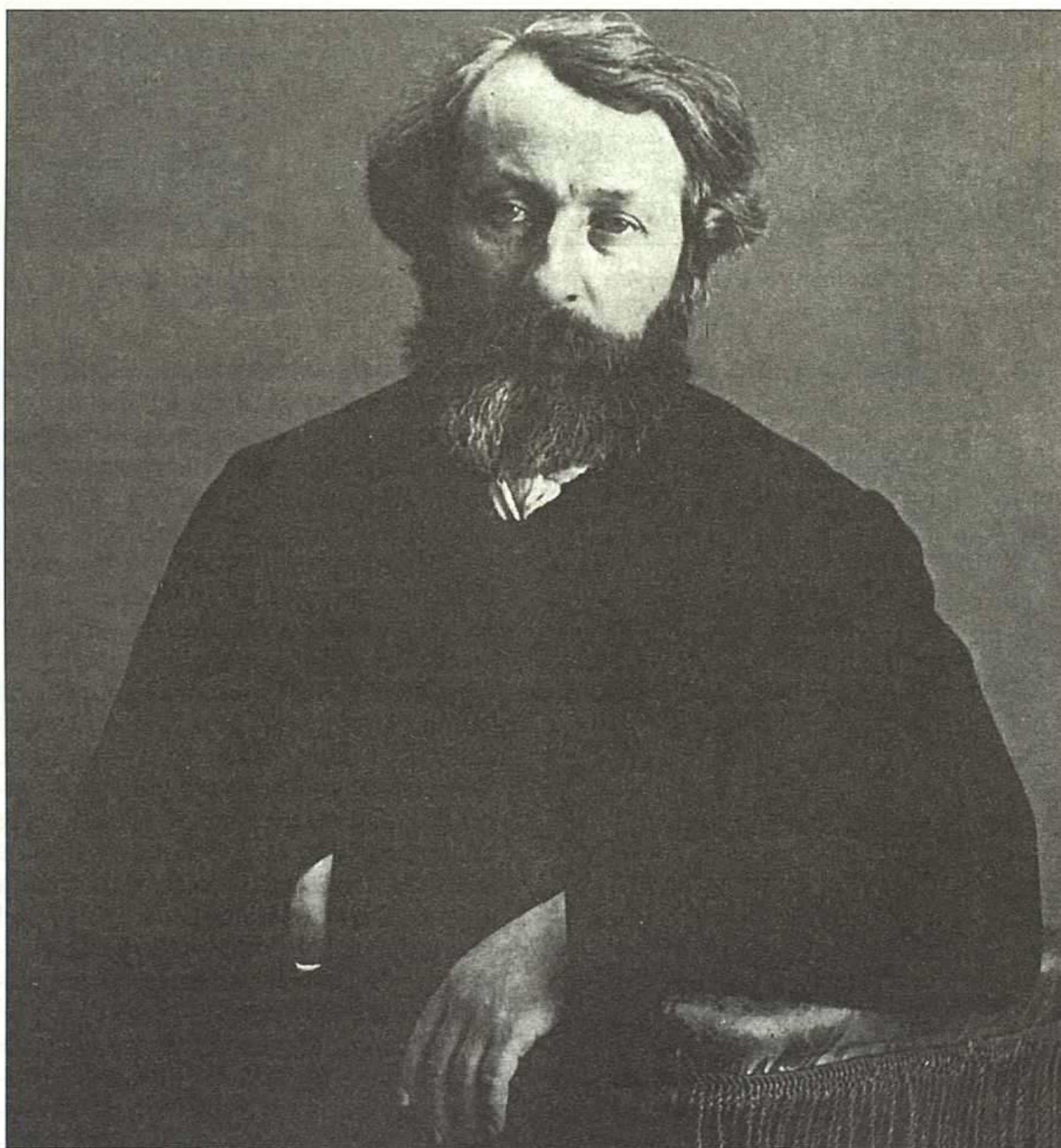
oposición paterna, Él, no; él estaba condenado a seguir la senda paterna.

En *El Rayo Verde*, escribiría: «Yo no puedo ver un navío, buque de guerra, barco mercante o simple chalupa de pesca, sin que todo mi ser se embarque a bordo. Yo creo que estaba hecho para ser marino, y lamento cada día que esta carrera no haya sido la mía desde mi infancia».

A ese concurso de instigaciones, a esa permanente invitación al viaje, se añadió la de la señora Sambain, en cuyo pensionado hicieron sus primeras letras los pequeños Verne. La señora Sambain era una moderna Penélope, que no cesaba de desgranar ante sus alumnos el rosario de sus esperanzas acerca del retorno de su marido, un capitán de barco que había zarpado de Nantes y del matrimonio, en plena luna de miel, hacía ya treinta años. La señora Sambain pretendía que su marido debía de hallarse en una isla solitaria, como un Robinson.

Que esta historia dejó en Verne una huella indeleble no sólo está acreditado por la permanente obsesión del mito robinsoniano en su obra, sino también, y más claramente, por el hecho de que muchos años después embarcó a la señora Sambain, bajo el nombre de Branican, en busca de su marido.

A los 9 años, Jules es internado con su hermano en el seminario de Saint-Donatien. Los profesores le recorda-



Jules Hetzel, el editor de Verne, fotografiado por Nadar.

rían muchos años después como un alumno travieso e inquieto, más dispuesto para los juegos que para los estudios. Sin embargo, fue allí donde adquirió la sólida formación clásica y humanista que se impartía en los centros docentes en el siglo XIX.

Las primeras manifestaciones de la vocación literaria surgen hacia los 15 o 16 años de edad. En 1845, frecuentaba una tertulia literaria en una vieja librería de Nantes. De entonces data su primera obra, una tragedia en verso cuya representación propuso en vano a un teatro de marionetas en Nantes. Pero el teatro y la literatura estaban en París. París era el objetivo, y los estudios de Derecho, el pretexto.

La aventura teatral

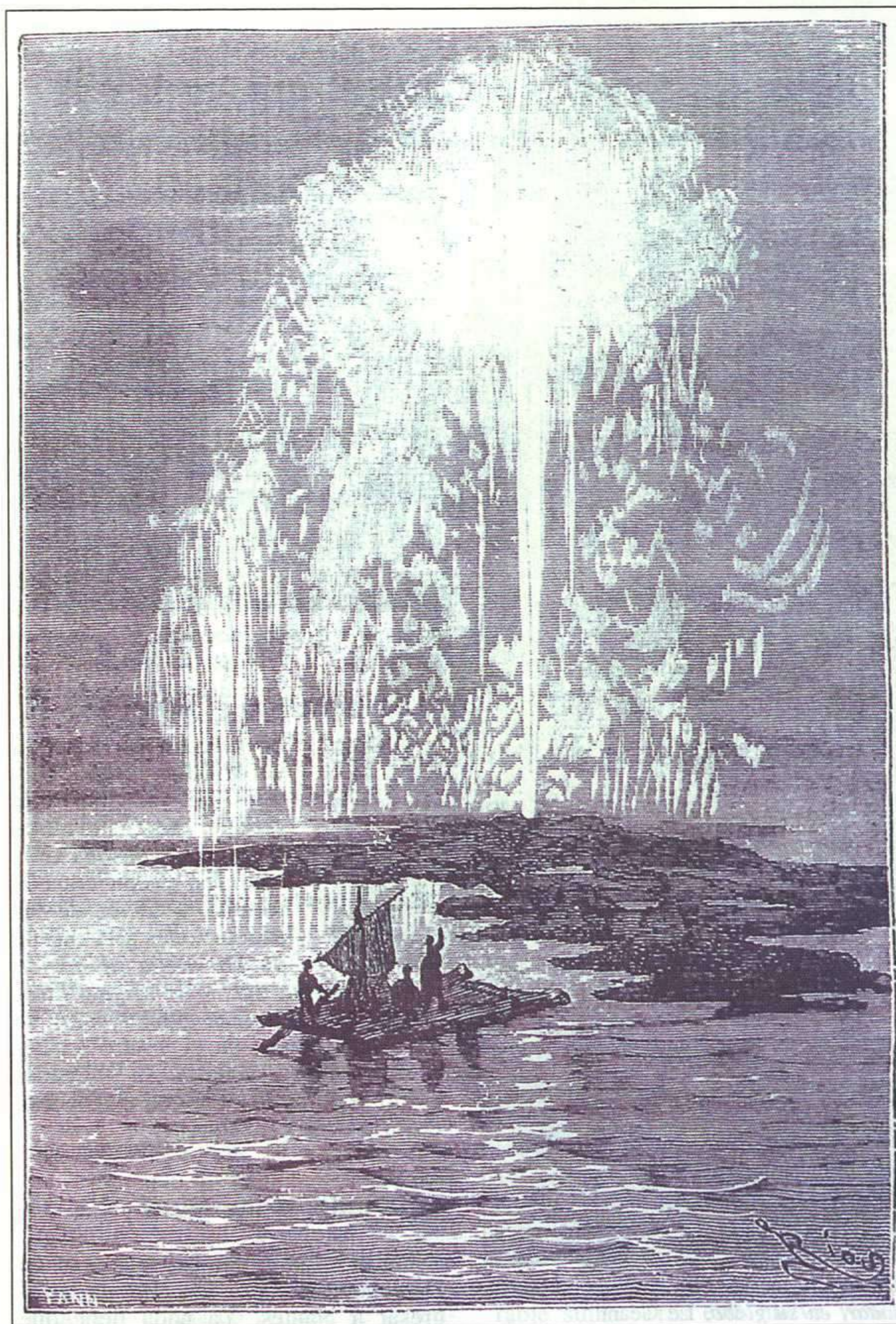
Verne se instala en París a finales de noviembre de 1848, más atento al teatro y a la literatura que a sus clases en la Sorbona y a la resaca de la gran agitación política de ese año memorable.

El muy menguado viático paterno, cien francos al mes, eleva una barrera entre el joven estudiante y esas pasiones. Sin embargo, la institución de la claqué le permite frecuentar los teatros, en los que reinan Offenbach, Scribe, Dumas, Sardou, Labiche, Halévy, etc. En los escaparates de las librerías brilla una gran constelación literaria: Balzac, Lamartine, Merimée, Musset, Sand, Gautier, Hugo... El vicio de la lectura no es tan impune como se ha pretendido. Verne tiene que pagar con su estómago las obras completas de Shakespeare, quien será siempre, con Molière, su autor predilecto. Cuando al fin de su vida cite a sus autores favoritos, no faltarán ambos en la compañía de Homero, Virgilio, Rabelais, Montaigne, Walter Scott, Maupassant, Dickens, Cooper... Curiosamente, no aparecerán en esas relaciones dos de los autores que más influyeron en su obra: Hoffmann y Poe.

A éste dedicó un estudio muy interesante que publicó en 1864 en *Le Musée des Familles*. Los «salones de madame», muy en boga por aquellos años, permitieron al joven estudiante

provinciano mejorar su dieta y sobre todo establecer relaciones con el mundillo literario. En uno de esos salones conoció al gran Alejandro Dumas y tuvo el honor de ser admitido en su círculo de amistades, lo que significaba tener acceso a la plana mayor de

la literatura y del teatro. Su amistad con los Dumas le abrió las puertas del Théâtre Historique, dirigido por Dumas padre, donde, el 21 de junio de 1850, estrenó una comedia en verso, en un acto, *Las pajas rotas*. La obra halló una cierta clemencia en la crí-



RIOU, VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA, MADRID: ANAYA, 1984.

JULES VERNE



Félix Tournachon, más conocido como Nadar, en su globo, Le Géant.

tica, quizá por murmurarse que llevaba la mano de Dumas —por una vez se invirtió la maledicencia— y alcanzó doce representaciones y su posterior impresión a expensas de uno de sus amigos. Este pequeño éxito dio alas a su vocación de comediógrafo y le hizo creerse destinado al teatro. Diez años dedicó Verne a tal empeño, incluidos los dos y pico que trabajó, sin remuneración alguna, como secretario general del Teatro Lírico.

El censo de la producción teatral de Verne, solo o en colaboración durante ese período, se cifra en veinticuatro obras —comedias en verso y prosa, dramas históricos, operetas—, de las que tan sólo siete subieron al escenario, sin procurarle reputación ni dinero. Durante ese período, el novelista que todavía se ignoraba asoma en relatos y artículos que iba publicando en la revista *Le Musée des Familles*, con títulos tales como «Los primeros navíos de la marina mejicana», «Un viaje en globo», «Martín Paz», «Maestro Zacarías», «El invierno en los hielos»... que anticipan ya, de forma todavía balbuciente, los temas que encontraremos en los *Viajes extraordinarios*.

Cuando Verne renunció al teatro, consciente de que su camino no debía discurrir por senderos tan trillados, estaba muy lejos de imaginar que sería el novelista quien lograría inmensos éxitos teatrales, y con ellos la fortuna, a través de las adaptaciones a la escena de *La vuelta al mundo en ochenta días* y de *Miguel Strogoff*, que, durante muchos años, se representaron en el Teatro Châtelet, en citas anuales tan obligadas como la de noviembre con el Tenorio, en la escena española.

Ante todo, la literatura

En 1850, pasa con éxito su tesis de Derecho. Su padre le conmina a regresar a Nantes. Ya nada tiene que

hacer en París. Con la cautela y la tenacidad que le son propias, Jules va dosificando, en la correspondencia con su padre, su negativa a abandonar París y a ejercer la abogacía. «Yo puedo ser un buen literato y no seré más que un mal abogado [...]. La literatura, ante todo, puesto que sólo en ella puedo triunfar [...], sabes bien que, pronto o tarde, ejerza o no el Derecho durante unos años, si las dos carreras son proseguidas simultáneamente, una de ellas matará a la otra, y conmigo tu bufete no tendría muchas posibilidades de longevidad.»

Pierre Verne cambia entonces la escopeta por el pincel, para trazar un cuadro sombrío de la miseria que acompaña, como perro fiel, a la literatura. Jules le da la vuelta al cuadro: «Me dices que Dumas y otros no tienen un ochavo. La explicación está en su desorden. Dumas gana 300.000



Alexandre Dumas no sospechó que su admirador, Jules Verne, le sobrepasaría en popularidad.

francos al año. Sue es millonario. Scribe, cuatro veces millonario. Hugo, 25.000 francos de renta...». Jules omitía en su cuadro las sombras de la gran cohorte de cortesanos que pululaban en la corte de los milagros, los que hacían una literatura vivida y no escrita, los autores y víctimas del gran folletín literario, cuya última página se escribía en el hospicio; en fin, los personajes de la bohemia descrita por Murger. Jules era demasiado burgués para arrostrar esa bohemia, y todas sus fintas ante su padre tenían la doble finalidad de permanecer en París y seguir gozando del viático paterno, fijado ya en ciento veinticinco francos al mes. En todo caso, vivir de la pluma en aquella época requería no sólo el talento, sino también una capacidad de trabajo ciclópea, la que tenían los Balzac, Dumas, Janin, Victor Hugo, Sainte-Beuve, etc. No le faltaba esa capacidad a Verne. Lo que le faltaba era tiempo para establecer las bases del gran y novedoso proyecto que ya había germinado en él (escribir la novela de la ciencia) y que había merecido de Alejandro Dumas el calificativo de «inmenso». Lo era, porque tal proyecto requería hacerse con una ingente suma de conocimientos en las más diversas materias.

Unos diez años invirtió Verne en tal empeño. En esas horas oscuras pasadas en la Biblioteca Nacional están los cimientos del gran edificio verniano. La astronomía, la oceanografía, la geología, la mecánica, la balística, la mineralogía, la química, la botánica, la zoología, la ictiología, etc., le van entregando sus secretos. Y sobre todo la geografía, la ciencia más romántica de la época, que aprende tanto en los libros como en los relatos de viva voz de sus amigos exploradores, con los que habla en el Círculo de la Prensa científica.

Esos relatos apasionaban profundamente a Verne, y ya en esa época su asombrosa erudición habría podido aceptar, como Paganel, el desafío de citar de memoria todas las exploraciones y exploradores habidos y por haber. ¿Cómo, ante tamaña empresa, puede sorprender que fuese tan lenta la gestación de los *Viajes extraordinarios*?



Honorine y Verne en 1857, el año de su boda.

El matrimonio con Honorine

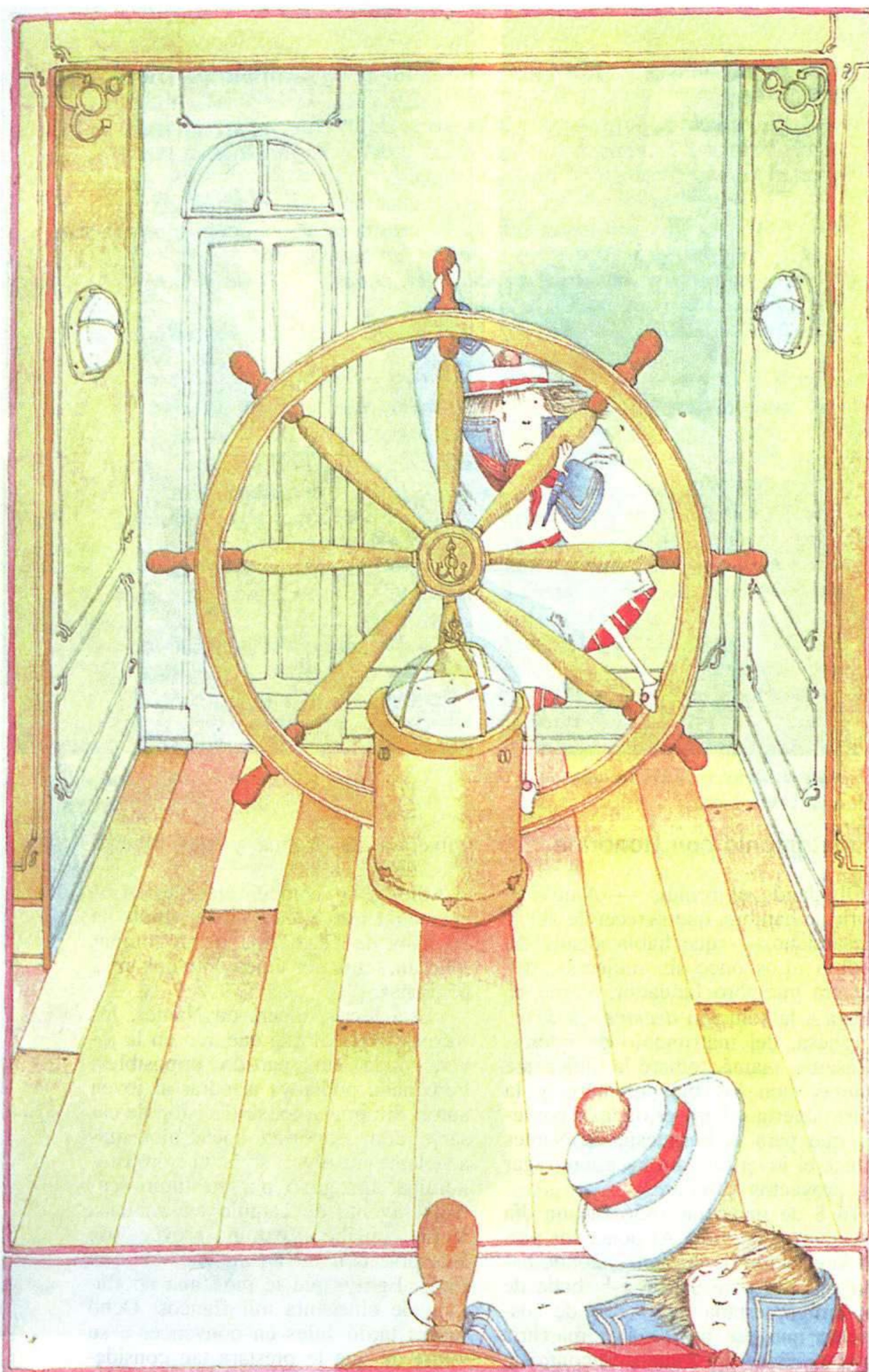
Olvidando el brindis —«Antes de morir de hambre, que perecer de aburguesamiento»— que había alzado en el club «Los once sin mujeres», del que era miembro fundador, Verne se pliega a la solución *decente*, es decir, burguesa, del matrimonio de interés. «Cásame, mamá, tomaré la mujer que quieras, con los ojos cerrados y la bolsa abierta.» Pero el dudoso porvenir que para la burguesía de Nantes ofrece el joven literato hace naufragar los proyectos familiares.

El 8 de mayo de 1856 fue un día decisivo en su vida. Al poner los pies en la estación de Amiens, adonde había acudido para asistir a la boda de un amigo, estaba muy lejos de sospechar que ese breve viaje marcaría toda su vida. En Amiens encontró la esposa y el marco en que se desen-

volverían los treinta y tres últimos años de su vida.

Adiós a la «solución decente». Honorine du Fraysse de Viane, viuda, de 26 años de edad, hija de un militar retirado, tenía por única dote dos hijas pequeñas.

«Está loco», dicen, en Nantes, los Verne y los Allotte, que ven en la joven viuda «un partido imposible». Pero nada podía ya arredrar al joven autor. Sin embargo, su decisión de casarse con Honorine hacía aún más acuciante resolver su situación económica. Instigado por su futuro cuñado, agente de cambio en Amiens, Verne concibe el extraño proyecto de asociarse con un agente de bolsa en París, Eggly, que le pide una aportación de cincuenta mil francos. Ocho meses tardó Jules en convencer a su padre de que le prestara tan considerable suma. Tras esta nueva victoria



PABLO ECHEVARRÍA, UN CAPITÁN DE QUINCE AÑOS, MADRID: SM, 1986.

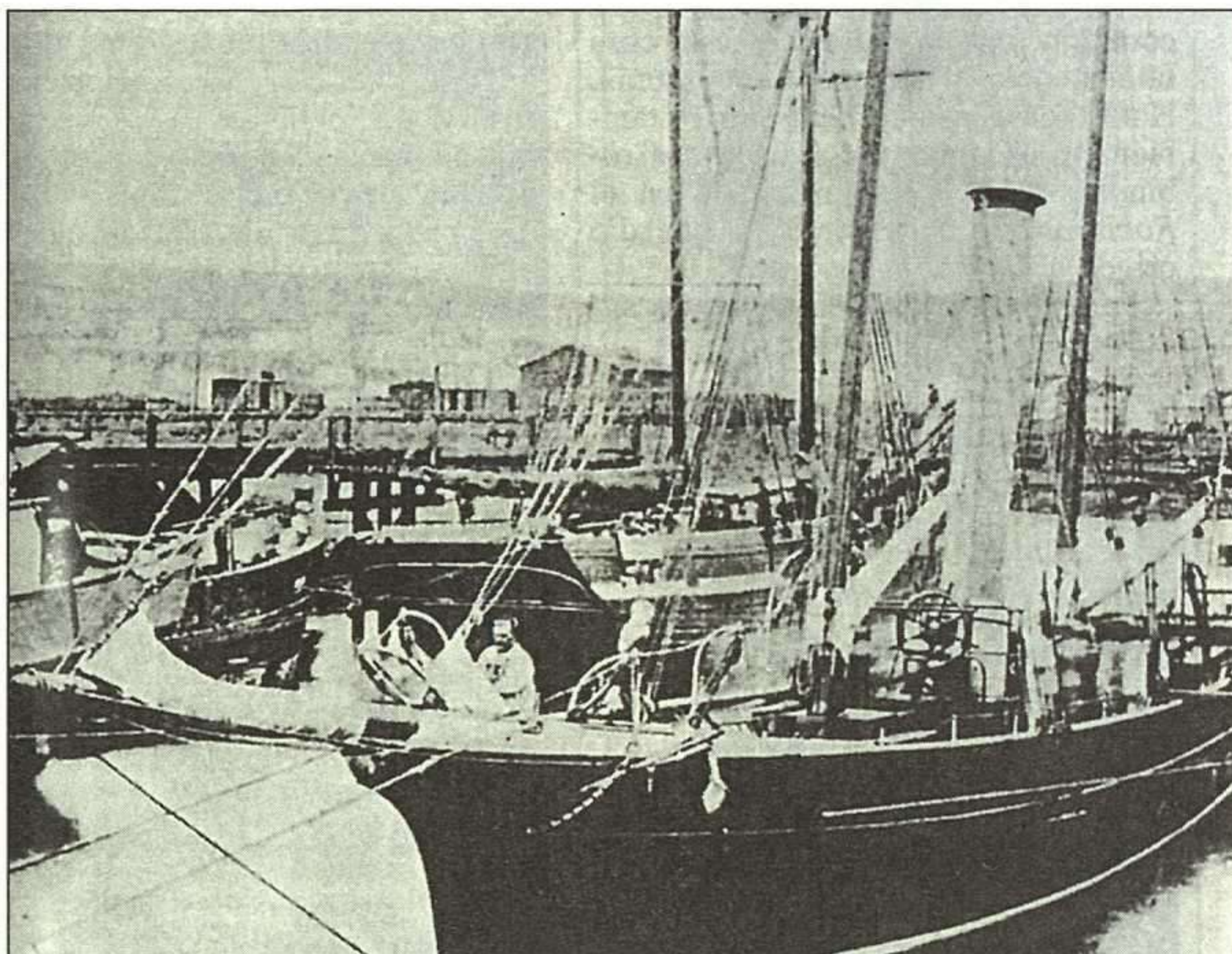
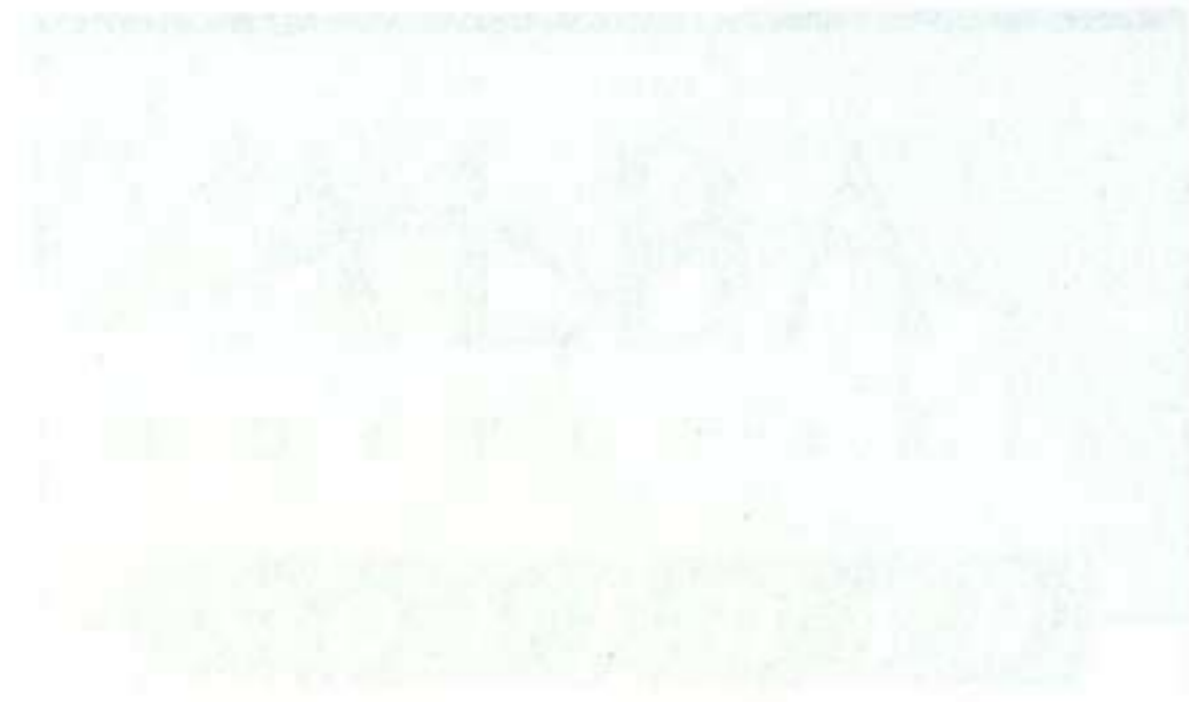
sobre su padre, que se muestra desolado por estar convencido de que la Bolsa llevaría a un soñador como Jules a la bancarrota, y tras efectuar su período de aprendizaje, Jules y Honorine contraen matrimonio el 10 de enero de 1857, en París.

Nada en Honorine le predestinaba a ser la compañera del ser solitario que era Verne. Los gustos de la joven burguesa de Amiens, que se complacía en las fiestas y reuniones mundanas, en el cotilleo provinciano, en la vanidad del éxito y de los honores, no podían conciliarse con el mundo secreto de Verne, al que horrorizaba todo eso. A la larga, el matrimonio debió de ser para él, como para Tolstoi, un fardo insoportable del que uno y otro trataron de liberarse mediante fugas provisionales del hogar y el mundo solitario de la creación. Algunas cartas de Honorine lo acreditan con más fiabilidad que la fuerte misoginia reflejada en las obras de Verne, creada probablemente por el trauma pasional que en él causó el desengaño de su primer amor por su prima Caroline.

El matrimonio con Hetzel

Dos viajes se intercalan en su doble actividad bursátil y literaria. El primero, a Escocia y Londres. De sus notas de viaje surgirán, años después, *El rayo verde*, *Las Indias negras* y *La ciudad flotante*. El segundo tuvo a Noruega por destino, pero se vio truncado en Copenhague, al reclamar su regreso Honorine. Jules llegó a tiempo de asistir al nacimiento de su hijo Michel, el 3 de agosto de 1861. De esa frustración ártica nacerán *Hatteras* y el *Viaje al centro de la Tierra*. Ese viaje truncado condicionará también la caracterización y situación de sus futuros personajes. Los héroes vernianos serán libres y eludirán el obstáculo que supone la familia para sus empresas.

Exasperado por los gritos del pequeño Michel, Jules se refugia en el Círculo de la Prensa Científica, donde hace amistad con Felix Tournachon, más conocido por Nadar, que estaba



A la izquierda, foto de Nadar, a quien Verne convirtió en Michel Ardan, el astronauta de *De la Tierra a la Luna*. A la derecha, el barco de Verne, el *Saint-Michel III*.

promoviendo una suscripción popular para la construcción de un globo colosal, *Le Géant*, mientras él se disponía ya a lanzar el *Victoria* al cielo africano. Lo curioso es que ni Verne ni Nadar creían en el futuro de la aerostática. Uno y otro, como Ponton d'Amécourt, que preconizaba el empleo de la hélice para la navegación aérea, creían en el principio de lo-más-pesado-que-el-aire, puesto en práctica por la naturaleza con los pájaros. Si para la travesía africana de sus héroes, Verne prefirió el globo al helicóptero de Ponton, que él mismo describió en un artículo sobre Nadar publicado en 1863, es porque lo determinante en él siempre fue el factor geográfico. La idea matriz y motriz de *Cinco semanas en globo* es la de utilizar los vientos alisios para dirigir al *Victoria*. Este *huevo de Colón* lo encontró Verne en una comunicación del capitán Meusnier a la Academia de Ciencias de París.

El manuscrito de *Cinco semanas en globo* propició el acontecimiento más decisivo en la vida de Verne, el de su encuentro, en octubre de 1862, con

Jules Hetzel. Buen escritor y gran editor, Hetzel fue no sólo el descubridor de Verne, sino también su mentor, su mejor amigo, su padre espiritual, pese a tener tan sólo catorce años más que él.

Cuando Verne expuso a Hetzel el proyecto con el que convivía desde hacía diez años y lo resumió en la frase de «un paseo completo por el cosmos del hombre del siglo XIX», Hetzel, maravillado de la erudición enciclopédica del joven, comprendió que había encontrado al autor que necesitaba para llevar a cabo sus propios proyectos editoriales, entre los que figuraba la edición de una Revista, el *Magazin d'éducation et de récréation*, que no había visto todavía la luz por falta de colaboradores idóneos. El 23 de octubre de 1862, Hetzel hizo firmar a Verne un contrato por el que éste se comprometía a entregarle tres volúmenes al año, a 1.925 francos por obra, reservándose el editor la plena propiedad de las obras. Este contrato fue mucho más que una simple transacción, no sólo porque hizo de Verne un escritor profesional,

prácticamente asalariado, obligado a una gran fecundidad, sino también y sobre todo porque orientó, condicionó y limitó definitivamente su obra, al encajarla Hetzel en su programa editorial de educación científica, literaria y moral de la juventud, o, dicho de otro modo, al asignarle un público mayoritariamente infantil y juvenil. La filial sumisión de Verne a Hetzel le llevó incluso a aceptar cambios en sus obras, determinados por los intereses comerciales del editor. Sólo se mostró inflexible cuando las exigencias de Hetzel llegaban a desvirtuar concepciones importantes, como por ejemplo, la de la personalidad del capitán Nemo.

En descargo de Hetzel, hay que decir que su influencia fue muy positiva en muchas ocasiones. Su rechazo de *París en el siglo XX* (obra inédita hasta este año, publicada en España por Planeta) es una buena demostración: «Sería un desastre para su nombre la publicación de este libro, que haría creer que *Cinco semanas en globo* no ha sido sino una afortunada chiripa. Yo, que tengo *Hatteras*, sé, por el

contrario, que la chiripa es esta cosa fallida, pero el público no lo sabrá». Hetzel tenía razón. Como la tuvo también en su airado rechazo de una robinsonada de Verne inspirada en el *Robinson suizo* de Wyss, y que dio origen a *La isla misteriosa*.

La lectura de los seis contratos su-

cesivos que ligaron a Verne durante toda su vida con la casa Hetzel confirma los temores de Pierre Verne sobre la capacidad de su hijo como hombre de negocios. Son contratos leoninos a favor de Hetzel, quien en el tercer contrato se reservó todos los derechos sobre sus maravillosas edi-

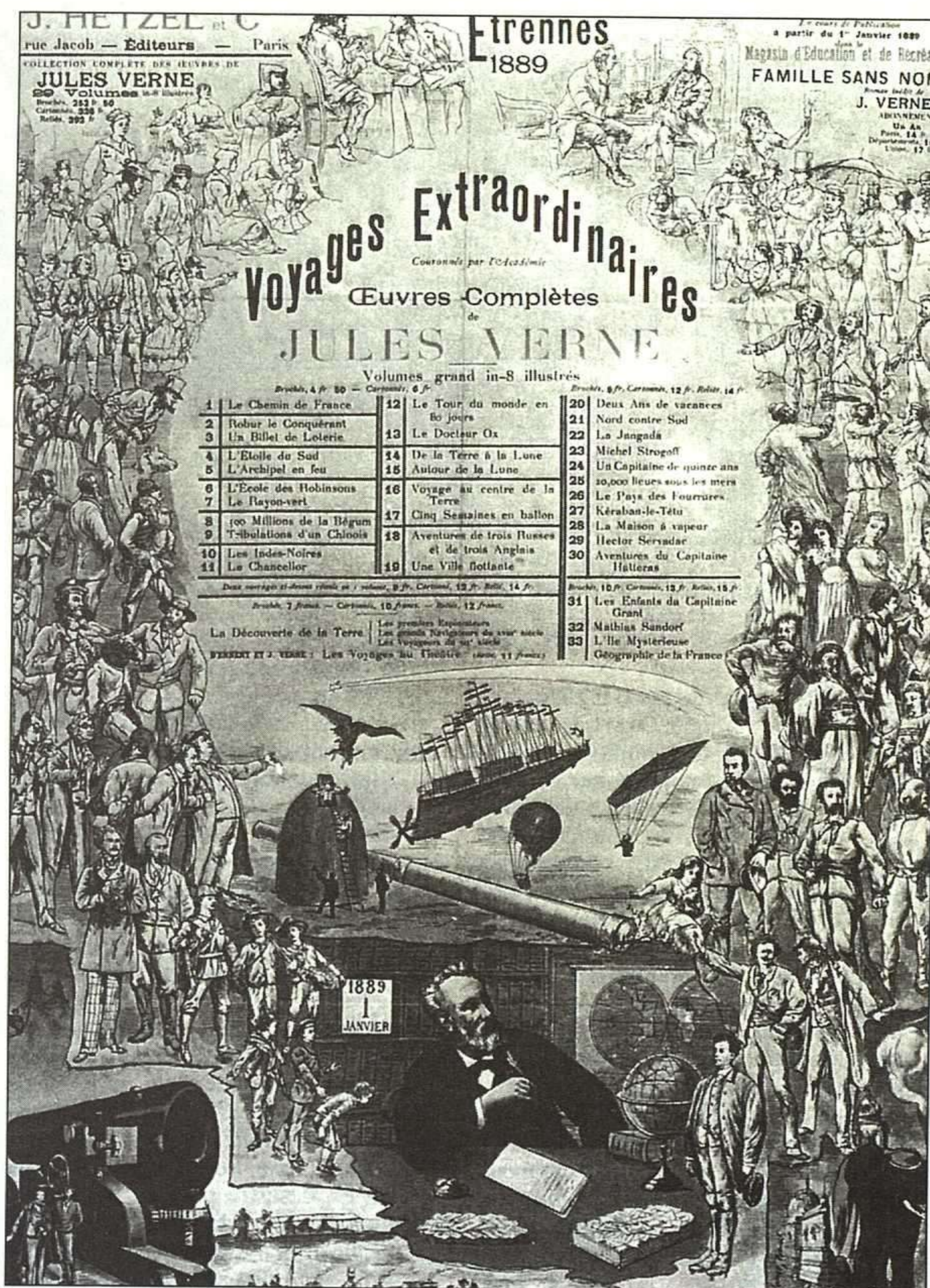
ciones ilustradas. Charles-Nöel Martin ha demostrado que el editor obtuvo un beneficio neto ocho veces superior al de Verne. A la muerte de éste, en 1905, su hijo Michel amenazó al de Hetzel con llevarle a los tribunales. El hijo de Hetzel se defendió, aduciendo los cuantiosos gastos de composición y de imprenta que causaba el modo de trabajar de Verne. Éste, que escribía primero a lápiz sobre medio folio y luego lo repasaba a tinta, exigía, como Balzac, múltiples pruebas de imprenta sucesivas para cambiar o ampliar sus textos hasta su versión definitiva.

El éxito

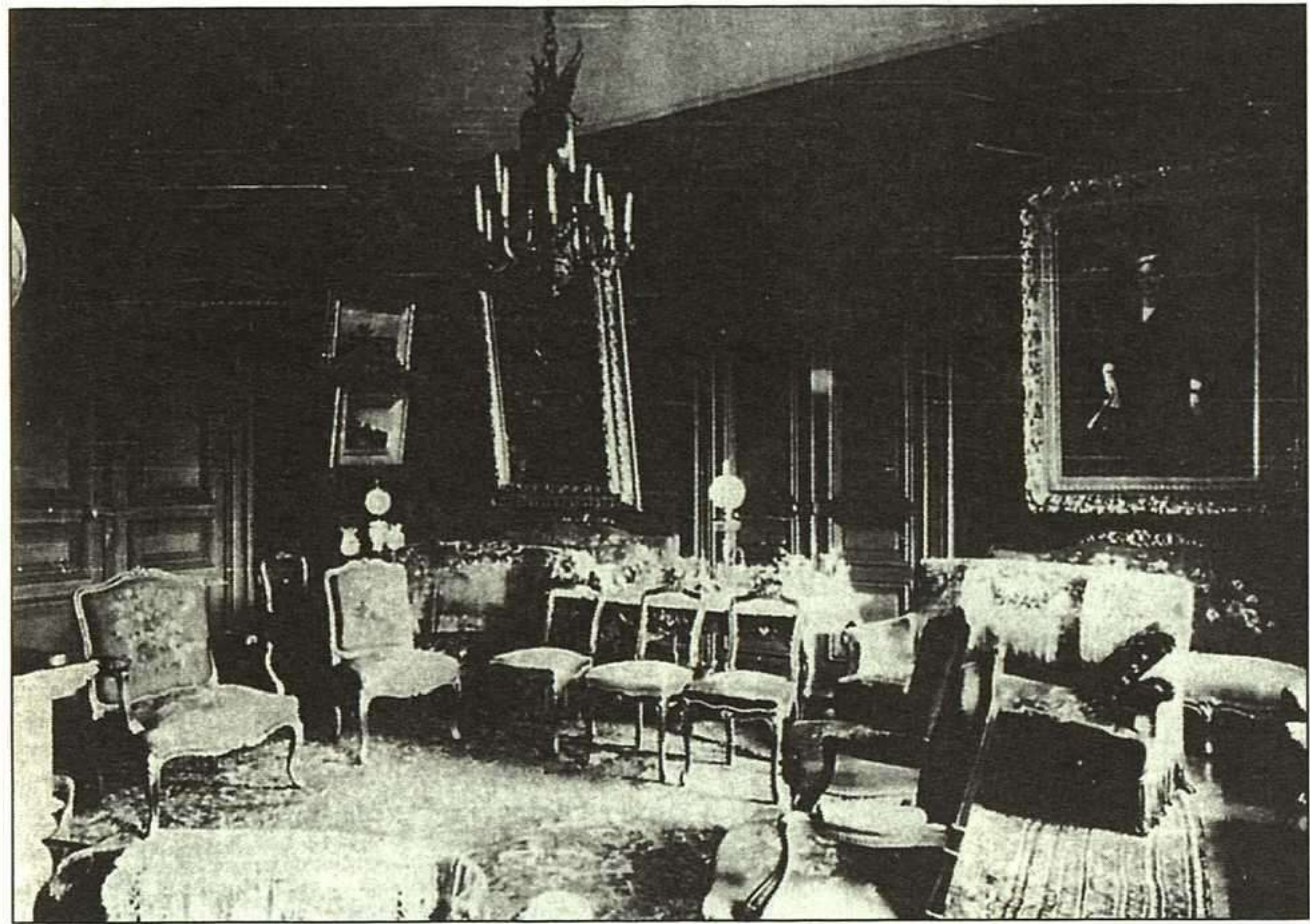
Con *Cinco semanas en globo*, pórtico triunfal de los *Viajes extraordinarios*, un género nuevo irrumpió, en 1863, en la literatura. El fulminante éxito de crítica y público no se debió sólo al carácter novedoso de la novela, sino también a su conexión con la actualidad. Las ascensiones en globo de Nadar; la búsqueda por Stanley del doctor Livingstone, perdido en el continente africano; y la expedición de Burton y Speke, en busca de las fuentes del Nilo, sirvieron de magníficos soportes publicitarios al libro y a su autor.

Análoga conexión con la actualidad, con la búsqueda de Franklin, perdido en las latitudes árticas, sirvió de rampa de lanzamiento a las *Aventuras del capitán Hatteras*, en 1864. En ese mismo año, la publicación de *Viaje al centro de la Tierra*, una de las obras de mayor valor literario de Verne, supuso su consagración definitiva. Un año después, el nuevo viaje *De la Tierra a la Luna*, que sale en folletín en sendos diarios de París y Nantes, le hace saltar de la fama literaria a la popularidad.

Obras maestras y éxitos editoriales van sucediéndose en los años siguientes con *Los hijos del capitán Grant* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Los ingresos que le deparan estas obras le permiten adquirir su primer barco, el *Saint-Michel I*, con el que inicia sus travesías veraniegas. La gue-



Cartel en el que se ve al autor, rodeado de los personajes de su invención.



El salón de Jules Verne, en su casa de Amiens.

rra franco-prusiana, de 1870, le sorprende en Crotoy, donde se le asigna la misión de utilizar su barco como guardacostas. Uno de los últimos decretos del régimen imperial, firmado por la emperatriz Eugenia de Montijo, fue la concesión de la Legión de Honor que había solicitado para Verne su gran admirador Ferdinand de Lesseps, que hacía unos meses había inaugurado el Canal de Suez. Jules pudo dar así una gran alegría a su padre, que moriría un año después, en 1871.

En 1872, Verne se instala definitivamente en Amiens. A partir de entonces, su vida se deja resumir en una sola palabra: trabajo. Un trabajo de galeote, de forzado de la pluma, que sólo cesa en los paréntesis veraniegos que dedica a la navegación, en cruceros por el Mar del Norte, el Báltico y el Mediterráneo, a bordo de otros dos barcos, los *Saint-Michel II* y *III*, este último, un verdadero yate de lujo, que ha podido adquirir gracias a la lluvia de oro que le cae de la adaptación escénica, en colaboración con D'Ennery, de *La vuelta al mundo en 80 días*.

La crónica negra familiar

Tan absorbente y exclusiva dedicación al trabajo llevó al «educador de la infancia» a descuidar por completo la educación de su hijo, que confió a Honorine con resultados catastróficos. El recurso a la severidad del internado y luego a la de un correccional no mejoró las cosas. Las perturbaciones del carácter de Michel, su rebeldía, su «perversidad precoz», su loca prodigalidad que le llevaba a contraer enormes deudas al amparo de la celebridad paterna, causaron sufrimientos atroces a Jules, que llegó incluso a solicitar su encarcelación por la vía de «corrección paterna», antes de embarcarlo como grumete en un barco que zarpó de Burdeos hacia la India. Este castigo a un muchacho de 15 años, que para sí hubiera deseado Jules en su infancia, y que tiene su contrapunto positivo en *Un capitán de quince años*, se transformó casi en un crucero de placer para el joven rebelde, al beneficiarse en todas partes de la gloria paterna, que, a la vez, lo abrumaba y lo despersonalizaba.

ALBA
EDITORIAL
NOVEDAD



Alba Editorial relanza su colección **Alba Joven** con un nuevo enfoque que la enriquece. Se trata de la inserción de un apéndice en cada uno de sus libros donde se presenta al autor, se analiza el género de la obra y se proponen una serie de iniciativas dirigidas a los profesores de **Instituto**.

AHORA CON APÉNDICE

COLECCIÓN
ALBA JOVEN

JULES VERNE



Michel Verne, hijo del escritor, que causó no pocos disgustos a su padre.

Los disgustos que le causó Michel se prolongaron todavía durante muchos años, hasta que la segunda esposa de éste, una joven pianista a la que había raptado a los 16 años de edad, y con la que dio a Jules tres nietos, logró reconciliar a padre e hijo. Michel llegó incluso a colaborar con su padre, bajo cuyo nombre escribió y publicó en un periódico norteamericano *La jornada de un periodista americano en 1889*. Tras la muerte de Jules, Michel se ocupó de la publicación de las obras inéditas, en las que metió excesivamente la mano, y de la producción de varias versiones cinematográficas.

En la crónica negra familiar se inscribe también un día de marzo de 1886, en el que su sobrino más querido, Gaston, hijo de Paul, presa de un ataque de locura, le disparó dos tiros a quemarropa. Una de las balas, alojada en un tobillo, nunca pudo ser extraída. Verne se quedó cojo y tuvo que renunciar ya para siempre al mar, que con la música y la libertad, fue la pasión de su vida. La venta de su yate fue para él como un anticipo de sus funerales.

Las desapariciones sucesivas de un amor crepuscular, una dama de Nantes a la que visitaba asiduamente en París, de Jules Hetzel y de su madre, Sophie, en los años 1885, 1886 y 1887, sumieron a nuestro autor en una desesperación sin fondo, que se refleja intensamente en sus obras a partir de esos años.



Jules Verne, en su lecho de muerte (24 de marzo de 1905).

El crepúsculo

El hombre secreto, replegado, taciturno, que se aislaba en su gabinete de trabajo bajo doble vuelta de llave, sordo a los requerimientos de Honorine para atender a los visitantes, sorprendió a todos un día de enero de 1888, al salir a la luz pública para postular su candidatura al Consejo Municipal de Amiens. Sin renunciar a sus ideas conservadoras, lo hizo en una lista radical, por ser ésta la única con posibilidades de victoria. Elegido en 1888, 1892, 1896 y 1900, Verne desempeñó con asiduidad y aplicación sus funciones edilicias y destacó por sus innovaciones urbanísticas y ecológicas y por la construcción y dirección del teatro y del circo municipales.

Esas actividades le distraían de la tristeza que le causaban los disgustos familiares, a los que contribuyeron también las dos hijas de Honorine, y que le llevaron a quemar documentos y papeles íntimos, para hacerse intangible a la posteridad.

Le afligían también profundamente el silencio de la crítica y el desvío del público ante la aparición de sus nuevas obras. Era consciente de su drama literario, el de ser un autor encasillado en un género considerado al margen

de la literatura. La infructuosa tentativa de Dumas hijo de hacerle entrar en la Academia francesa le confirmó, por si falta hiciera, el destino que le esperaba. «Me siento el más desconocido de los hombres», escribió a uno de sus admiradores. No podía saber que el futuro reservaba a su nombre, ausente de las historias de la literatura, la gloria de nominar uno de los montes de la cara oculta de la Luna: Monte Jules Verne. Así está escrito en el mapa trazado de la cara invisible de la Luna, fotografiada por vez primera por uno de los Sputniks soviéticos.

Resignado a la incompreensión, escribió a Hetzel hijo: «No pido ya más que vivir tranquilo, en el fondo de mi provincia, y acabar mi tarea de novelista, si es que esto tiene fin». Lo tuvo. Su vida también. El 24 de marzo de 1905, sucumbió a su última crisis diabética, que había ido minándolo hasta dejarle medio ciego, medio sordo y hemipléjico. ■

* Miguel Salabert es autor de *Julio Verne, ese desconocido* (Alianza Editorial, col. Libro de Bolsillo); ha prolongado y traducido para la misma colección, *Viaje al centro de la Tierra*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Los quinientos millones de la Begún*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La isla misteriosa*.